

Teoría e historia de la constitución del campo bibliotecológico español

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ
Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
04510, México, D.F.,
E-mail: galfaro@cuib.unam.mx

Para Salvador Gorbea Portal

RESUMEN

En este texto se formula una propuesta teórico-histórica que permite comprender el proceso mediante el cual se constituye el campo bibliotecológico. Tal propuesta en su aspecto teórico se sustenta en los conceptos de Horizonte integrador social-histórico, campo de prácticas sociales e infraestructura del campo. La realidad que expresan estos conceptos se da de manera histórica; por lo que sólo adquiere todo su carácter explicativo el modelo teórico a través del desenvolvimiento histórico del campo de prácticas. El ejemplo con el que aquí se ilustra la propuesta es el de la constitución del campo bibliotecológico español durante el periodo de 1898 a 1936.

*THEORY AND HISTORY OF THE CONSTITUTION OF THE FIELD
OF SPANISH LIBRARY SCIENCE
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO-LÓPEZ*

ABSTRACT

A theoretical-historical proposal is formulated through which the process of the constitution of Spanish Library Science may be understood. The proposal, in its theoretical dimension, is sustained by concepts from social-historical integration Horizons, social field practices and field infrastructure. The reality expressed by these concepts is revealed as a function of history, for which the proposed model only acquires its explicative power through the historical unfolding of the field practices. The model is illustrated through an analysis of the constitution of the field of Spanish Library Science between the years 1898 and 1936.

Trabajo recibido el
9 de junio
de 1998

*

Trabajo aceptado
el 2 de agosto
de 1998

I

Un requerimiento que se deja escuchar cada vez con mayor fuerza en el terreno de la investigación es el de la producción del conocimiento a partir de una plataforma interdisciplinaria. Ello ante los excesos y estrecheces en los que ha caído el especialismo. Como suele ocurrir, el exceso torna a la virtud en defecto. El saber especializado que se cierne sobre un territorio perfectamente acotado de la realidad ha

logrado una profundización antes no concebida en su conocimiento; lo que a su vez ha provocado que ese saber o disciplina avance como una saeta y se desconecte de las otras disciplinas. Profundización y soledad son la virtud y el defecto de las disciplinas hiperespecializadas. El investigador que sigue esta senda queda atrapado en la celda de una visión fragmentada de la realidad y de su propia actividad investigadora, lo que, obviamente, termina dando como resultado investigaciones que a la par de profundas en su especialización, son limitadas en su perspectiva. Aunque la tendencia dominante en la actualidad es hacia la especialización, conviene aumentar la necesidad de ampliar la mirada y así abarcar una mayor cantidad de aspectos de la realidad, lo que se traduce en la conjunción de distintas disciplinas.

Conjunción que, sin embargo, ha sido entendida en la mayoría de los casos como interdisciplinariedad o, con otros términos, *adición* de distintas disciplinas. A una disciplina se le agrega otra sin que ninguna pierda su perfil propio. Esto traducido al ámbito práctico de las instituciones significa la congregación de especialistas de distintas áreas para abordar una investigación común, donde cada uno aporta la perspectiva de su disciplina para el conocimiento de un objeto. Así, el objeto de investigación es visto desde distintos ángulos que a fuerza de ser adicionados suponen ofrecer una visión global, integral de él. En cierto modo esto se logra, pero en el fondo lo que sigue preexistiendo es la especialización. Mas es una especialización que se hace la ilusión de haber escapado de la soledad o, en el peor de los casos (valga la palabra), de ser una soledad acompañada. Aquí cabría preguntar ¿a qué se debe esa sutil perseverancia del conocimiento especializado, qué le permite semejante metamorfosis? ¿qué es lo que impide que se pueda acceder a un conocimiento no interdisciplinario sino verdaderamente multidimensional?

La respuesta, aunque parezca excesivamente densa, se encuentra en la historia intelectual desplegada por Occidente. El problema de la especialización no es sólo de índole epistemológica, también es resultado de un proyecto intelectual en el que Europa (y más ampliamente Occidente) empeñó la historia moderna de su civilización. Fuera del interregno renacentista, la historia europea está surcada por un racionalismo fundado en un abstraccionismo simplificador que ha producido el fraccionamiento de la totalidad. Alguien que ha reflexionado con lucidez sobre esto es el pensador Edgar Morin, quien señala que el subyugamiento que ha sufrido Occidente tiene que ver el *paradigma de simplificación*, mismo que se origina a partir de aquellos principios del conocimiento que separan o desarticulan las partes que integran la realidad. Esto da lugar a los principios de *abstracción*, *disyunción* y *reducción*, cuyo conjunto Morin define como el paradigma de simplificación, pero este pensador indica que quien de hecho formuló, aunque sin ese nombre, el susodicho paradigma, fue el filósofo René Descartes, quien desarticuló al sujeto pensante y al objeto del conocimiento; es decir, a la filosofía y a la ciencia. La filosofía cartesiana postula como principio de verdad a las ideas *claras* y *distintas*, base del pensamiento disyuntivo, seccionador. Este paradigma ha dirigido al pensamiento occidental moderno y permitido grandes logros en ciencia y filosofía, pero ha enrarecido la comunicación entre ambas. Peor aún, el

principio de disyunción aisló entre sí a los tres principales campos del conocimiento científico: la física, la biología y la ciencia del hombre, pero el pensamiento occidental al buscar remediar esto cayó en un exceso peor:

La única manera de remediar esta disyunción fue a través de otra simplificación: la reducción de lo complejo a lo simple (reducción de lo biológico a lo físico, de lo humano a lo biológico). Una hiperespecialización habría aún de desgarrar y fragmentar el tejido complejo de las realidades, para hacer creer que el corte arbitrario operado sobre lo real era lo real mismo [...] Tal conocimiento fundaría su rigor y su operacionalidad, necesariamente, sobre la medida y el cálculo; pero la matematización y la formalización han desintegrado, más y más, a los seres y a los existentes por considerar realidades nada más que a las fórmulas y a las ecuaciones que gobiernan a las entidades cuantificadas. Finalmente, el pensamiento simplificador es incapaz de concebir la conjunción de lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*). O unifica abstractamente anulando la diversidad o, por el contrario, juxtapone la diversidad sin concebir la unidad.¹

A lo anterior Morin agrega que ese proceso desembocó en la *inteligencia ciega* –definición equivalente a la que dio la Escuela de Frankfurt de *razón instrumental*– que “destruye los conjuntos y las totalidades, aísla todos los objetos de sus ambientes.” Su ceguera radica en su capacidad desintegradora. Es una inteligencia que por lo anterior es incapaz de concebir las múltiples dimensiones que componen y articulan la realidad. En suma, es un pensamiento simplificador que no puede abarcar la complejidad² propia de la totalidad. Como alternativa Edgar Morin postula la sustitución del “paradigma de disyunción/reducción/unidimensionalización, por un paradigma de distinción/conjunción que permita distinguir sin desarticular, asociar sin identificar o reducir.”³ A esto último lo denomina Morin *paradigma de complejidad*, el cual considera como la vía necesaria para civilizar verdaderamente nuestro conocimiento.

Más allá de las posibilidades de instaurar el paradigma de complejidad, con todo lo que ello acarrea, lo de interés aquí es retomar el análisis hecho por Morin sobre la contradicción que atraviesa el pensamiento occidental y que condujo al paradigma de simplificación: condición de posibilidad del hiperespecialismo. Como se desprende de lo expresado por el pensador, la estrecha especialización que domina en la

1 E. Morin. *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa, 1994, p. 30.

2 “¿Qué es la complejidad? A primera vista la complejidad es un tejido (*complexus*: lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple. Al mirar con más atención, la complejidad, es efectivamente, el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, que constituyen nuestro mundo fenoménico. Así es que la complejidad se presenta con los rasgos inquietantes de lo enredado, de lo inextricable, del desorden, la ambigüedad, la incertidumbre... De allí la necesidad, para el conocimiento, de poner orden en los fenómenos rechazando el desorden, de descartar lo incierto, es decir, de seleccionar los elementos de orden y certidumbre, de quitar ambigüedad, clarificar, distinguir, jerarquizar... pero tales operaciones, necesarias para la inteligibilidad, corren el riesgo de producir ceguera si eliminan a los otros caracteres de lo complejo; y, efectivamente, como ya lo he indicado, nos han vuelto ciegos”. *Ibid.*, p. 32.

3 *Ibid.*, p. 34.

producción de conocimiento no es una mera tendencia de nuestra época, sino que responde a claras líneas de tensión que han determinado históricamente el proyecto intelectual occidental. Es el peso de un proyecto histórico —no una moda—, lo que, blasonado por sus logros intelectuales, le da fuerza y perseverancia al conocimiento especializado. Asimismo éste es el motivo que hace que cuando se pretende romper con la especialización lo que surge es una especialización encubierta: la interdisciplinariedad es la visión amplia pero segmentada de la realidad o, dicho de otra manera, es la ampliación de la unidimensionalización, que hace la función de espejismo y nos impide ver la realidad como un todo concatenado y continuo de múltiples dimensiones. Esto no implica que el conocimiento interdisciplinario sea negativo; es un paso adelante respecto a la pobreza del especialismo disyuntor, mas es un paso que debe conducir al *conocimiento multidimensional*. La adición de varias perspectivas para acceder a la observación global de una dimensión de la realidad, desbroza el camino para una perspectiva que puede comprender la interacción de *varias* dimensiones de lo real. Es necesario puntualizar esto: no existe un punto de vista omnisciente que observe la totalidad de las dimensiones de la realidad. Pero ello no es una limitante, por el contrario, es —a semejanza del imperativo categórico kantiano— una aspiración que siempre tiene presente la frontera de lo imposible. Y en cuanto aspiración, ya en el terreno de la investigación, posibilita una visión más completa del objeto estudiado al recortarse sobre el fondo de la totalidad.

El investigador que *funde* (no adiciona) en su propia visión múltiples disciplinas para abordar un objeto de conocimiento, está en disposición de comprender la multidimensionalidad en que aquél se mueve, pero tiene la plena conciencia de la imposibilidad omniabarcadora. Al fundirse múltiples disciplinas dentro de una perspectiva personal se abren sus límites de cotos cerrados de conocimiento para exhibir las continuidades que entre ellas preexisten; y que se corresponden mejor con la continuidad de las múltiples dimensiones de la realidad. Valga todo lo anterior como prolegómeno a la propuesta teórica que aquí se expondrá para analizar la historia de la constitución del campo bibliotecológico. Propuesta signada, pues, por la aspiración a un conocimiento multidimensional.

II

Las relativamente recientes tendencias seguidas por la ciencia histórica han abierto un amplio espectro de posibilidades para conocer el pasado a partir de la utilización de conceptos, teorías, métodos y enfoques provenientes de otras disciplinas. Ello en consonancia con el descubrimiento de nuevos territorios (objetos) de conocimiento de los cuales hace su historia (por ejemplo, la historia de la lectura).⁴ Esta “revolución” sufrida por el conocimiento histórico ha clausurado que se siga haciendo una historiografía especializada sólo atendida a sus tradicionales supuestos, lo que

4 Peter Burke (ed.). *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza Universidad, 1993; Burke, P., *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1993.

por extensión también es válido para el conocimiento que otras disciplinas llevan a cabo acerca de su propio desenvolvimiento histórico. Tratar la historia de una disciplina conlleva observarla en su multidimensional despliegue, lo que viene a significar recurrir al instrumental de otras disciplinas para realizar tal observación. Empero, la utilización y combinación de esos otros instrumentales no debe inducirnos a creer en la derivación hacia un sincretismo. Por el contrario, representa la constitución de una propuesta teórica apropiada al conocimiento histórico de la disciplina estudiada, que para nosotros es la bibliotecología. Así pues, aquí se expondrán los fundamentos de un modelo teórico apropiado para comprender el desenvolvimiento histórico de la bibliotecología. Modelo teórico que será ilustrado con el ejemplo particular de la historia del *campo bibliotecológico español*.⁵ Veamos primero los elementos constitutivos y su articulación del modelo en cuanto tal.

Ahora bien, al referirnos a *campo bibliotecológico* estamos dejando entrever una de las líneas conceptuales que apuntala nuestra propuesta teórico histórica: la teoría sociológica sobre los campos de *habitus* social de Pierre Bourdieu. Teoría que cabe señalar, ha sido de antemano cribada por mi crítica, con el fin de tomar de ella únicamente los elementos que permiten una mejor explicación de realidades para las que no fue pensada tal teoría. Bourdieu elaboró su teoría a partir de la desarrollada realidad francesa. Además los elementos que nos aporta la concepción del sociólogo francés serán conjugados con otras propuestas, como son los principios que permiten comprender el movimiento de lo real, postulados por el teórico del pensamiento complejo Edgar Morin. Esto es finalmente conjuntado con elementos conceptuales propios, de lo que resulta en suma una propuesta teórica que pretende aportar el instrumental conceptual apropiado para estudiar el desenvolvimiento histórico del campo bibliotecológico y, más específicamente, los campos bibliotecológicos nacionales. Comencemos, pues, describiendo los fundamentos de la teoría bourdiana de los campos, a partir de la definición que el propio Bourdieu elabora:

En términos analíticos, un campo puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (*situs*) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o de capital) cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo— y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homologación, etcétera.) En las sociedades altamente diferenciadas, el cosmos social está constituido por el conjunto de estos microcosmos sociales relativamente autónomos, espacios de relaciones

5 Al referirnos aquí a la *bibliotecología* española no pasamos por alto que para los españoles el término usado es *biblioteconomía*, el cual entraña algunas connotaciones distintivas, en las que no ahondaré. Por estar pensado este texto desde la perspectiva latinoamericana se emplea el término bibliotecología.

objetivas que forman la base de una lógica y una necesidad específicas, que son irreductibles a las que rigen los demás campos.⁶

De las palabras supracitadas se deduce que un *campo* es el espacio que ocupa una serie de participantes en él, por mediación de los *habitus* que llevan a cabo. El sociólogo francés indica, en otra parte, que ese espacio puede analizarse independientemente de sus ocupantes, pues lo que importa es el movimiento relacional entre las posiciones, y no las características (gustos, personalidad, etcétera) de los participantes. Lo que pone en marcha la dinámica del campo es la posesión de un capital específico, no reducible sólo a lo económico; puede ser un capital de conocimiento o simbólico. Quienes compiten por su posesión deben estar dotados de un *habitus*, esto es, una actividad que es síntesis de conocimientos, creencias, técnicas, en una sola palabra, es el “oficio”. La lucha por el capital da lugar a una relación o tensión de fuerzas entre los agentes o instituciones que intervienen en la pugna, la cual dispara el monopolio de la violencia legítima (poseída por la autoridad del campo) en aras de la conservación de la estructura de distribución del capital específico.

Quienes monopolizan el capital específico se orientan hacia estrategias de conservación y de defensa de la ortodoxia. Por su parte, aquellos que disponen de menos capital suelen ser los más jóvenes, los recién llegados al campo, quienes se orientan a la utilización de estrategias de subversión, de heterodoxia. Ante la heterodoxia los grupos dominantes del campo se ven forzados a: “[...] producir el discurso defensivo de la ortodoxia.”⁷ Todos los participantes comprometidos con un campo tienen una cantidad de intereses comunes, que favorecen una complicidad implícita en todos los antagonismos. La complicidad contribuye a la reproducción del juego. Por lo mismo las estrategias de subversión en que se empeñan los nuevos, los aspirantes, deben permanecer dentro de ciertos límites para no destruir el juego y, por tanto, el campo. Son revoluciones “limitadas, parciales” que no ponen en tela de juicio la axiomática fundamental sobre la que se erige el campo.

Conforme un campo se consolida brota un cuerpo de conservadores: “[...] toda esta gente que está comprometida con la conservación de lo que se produce en el campo, su interés es conservar y conservarse conservando.”⁸ Ello denota la impronta de la historia en el campo y en la obra producida en él. El pasado, que actúa tanto en el desenvolvimiento del campo como en la gestación de la obra, se convierte en coto cerrado de los conservadores: historiadores, biógrafos y archivistas. Asimismo la estructura de la obra es cristalizada conservadoramente por la horda de exégetas,

6 P. Bourdieu y J. D. Wacquant, Loïe. *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995, p. 64. Otros libros en los que puede ampliarse el conocimiento de la teoría de Bourdieu son *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997; y *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.

7 P. Bourdieu. “Algunas propiedades de los campos” en *Sociología y cultura*, México, CONACULTA, 1990, p. 137.

8 *Ibid.*, p. 138.

comentadores, filólogos, interpretes, etcétera, quienes justifican su existencia con la creencia de que son los únicos capacitados para desentrañar el pasado y dar explicación de la obra certificando el valor que se le atribuye.

Líneas atrás se hizo mención del muy personal concepto de Bourdieu el *habitus*, precisemos ahora su definición. El principio de las estrategias implícitas en él no responde a un mero cálculo cínico: “Cuando la gente puede limitarse a dejar actuar su *habitus* para obedecer a la necesidad inmanente del campo y satisfacer las necesidades inscritas en él, en ningún momento siente que está cumpliendo un deber y aún menos que busca la maximización del provecho (específico). Así, tiene la ganancia de verse y ser vista como persona perfectamente desinteresada.”⁹ El *habitus* de cada individuo o grupo busca imponerse en el campo, pero mostrándose a través de la pantalla simbólica del desinterés. Al encubrirse simbólicamente el interés se facilita el respeto hacia las reglas establecidas del juego, haciendo que el campo siga perviviendo –en terminología de Norbert Elias– como *armonía de tensiones* que se cierra sobre sí mismo haciéndose autónomo, lo que evade el error de aquellas teorías sociales que conciben a los campos como estructuras epifenoménicas de la base económica. Sin embargo, no puede soslayarse que la teoría de Pierre Bourdieu tiene la limitante de centrarse casi con exclusividad en la dinámica relacional y la autonomía interna de cada campo, con especial atención en el campo cultural, por lo que no se ve precisada a elaborar principios explicativos de la dinámica interrelacional de los diversos campos. Bourdieu da como supuesto esta última dinámica, pero sin fundamentarla teóricamente, lo que finalmente viene a parcializar sus aportes.

Fundamentar el movimiento interactivo de los distintos campos nos ayuda a comprender lo que defino como el *Horizonte integrador social histórico*, llamado así porque integra la totalidad de los campos de prácticas que produce una sociedad en un momento histórico determinado. Así tenemos, por un lado, la unidad de la totalidad: el Horizonte integrador; y, por el otro, tenemos lo múltiple: los campos de prácticas. Entre estos dos ámbitos se da el movimiento que va de lo uno a lo múltiple y, en sentido contrario, de lo múltiple a lo uno, propio de la complejidad de lo real, como enuncia Edgar Morin. Una concepción de semejante índole nos permite entender, por ejemplo, cómo el campo bibliotecológico tiene una dinámica interior, que a su vez repercute en los demás campos de prácticas, los cuales asimismo repercuten en el campo bibliotecológico. Semejante dinámica entre los campos conforma al Horizonte integrador, el que a su vez influye en la constitución del campo bibliotecológico (y, obviamente, en cada uno de los demás campos) en un ciclo ininterrumpido, permanente. De lo anterior se deduce que carece de sentido señalar cuál es la causa y cuál el efecto, o cuál es lo determinante y cuál lo determinado entre el campo y el Horizonte integrador. Lo importante estriba en discernir cuáles son los principios que permiten comprender la dinámica que rige los campos. Quien postuló los principios que, sin que tal haya sido su finalidad, pueden ayudarnos a comprender

9 *Ibid.*, p. 144.

esa dinámica es Edgar Morin. Tales principios que muestran el movimiento de lo real son: *dialógico, de recursión organizacional y hologramático*. En sus propias palabras:

El principio dialógico nos permite mantener la dualidad en el seno de la unidad. Asocia dos términos a la vez complementarios y antagonistas. El segundo principio es el de recursividad organizacional. Para darle significado a este término, yo utilizo el proceso del remolino. Cada momento del remolino es producido y, al mismo tiempo, es productor. Un proceso recursivo es aquel en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que los produce [...] El tercer principio es el principio hologramático. En un holograma físico, el menor punto de la imagen del holograma contiene la casi totalidad de la información del objeto representado. No solamente la parte está en el todo, sino que el todo está en la parte.¹⁰

Los tres principios nos brindan, pues, explicación del movimiento que va de lo uno a lo múltiple y viceversa. Concatenación de movimiento que Morin conceptualiza como la *unitas multiplex*: la unidad de lo múltiple. Al conjugar lo que se tomó de la teoría de Bourdieu con los principios enunciados por Morin, se puede deducir que dialógicamente los campos son antagonistas debido a las marcadas diferencias externas de sus respectivos *habitus*, pero se complementan porque obedecen a la *ley general* que rige los campos¹¹ y que tiende un camino entre prácticas diferentes. Lo anterior hace que por recursión, las prácticas (*habitus*) de un campo afecten a las prácticas de los otros campos, que simultáneamente retroactúan sobre aquellas. Hologramáticamente en cada campo y, por consiguiente, en sus correspondientes prácticas, está contenida la casi integridad de la información (mentalidad, ideas, creencias, ideología, etcétera) que cohesionan a todos los campos y que, a final de cuentas, es el eslabón que concatena al Horizonte integrador social histórico. Todo esto nos clarifica cómo es que en cada una de las prácticas de los distintos campos está contenida la totalidad del Horizonte integrador, al mismo tiempo que cada práctica inscribe sus formas en esa totalidad, con lo que se confirma la *unitas multiplex*. Cabe señalar que los tres principios se encuentran interconectados, que en cada uno concurren los otros, y que no actúan por separado ni en solitario.

El Horizonte integrador y los campos de prácticas específicas no son realidades inmutables ni unidimensionales, esto es, que deben de concebirse a partir de contextos concretos, históricos, por lo que se ajustan de acuerdo con las características propias de esos contextos. Cognoscitivamente, por ejemplo, el Horizonte integrador puede

10 E. Morin. *Op. cit.*, pp. 106-107.

11 "Cada vez que se estudia un campo nuevo [...] se descubren propiedades específicas, propias de un campo particular, al tiempo que se contribuye al progreso del conocimiento de los mecanismos universales de los campos que se especifican en función de variables secundarias. Por ejemplo, debido a las variables nacionales, ciertos mecanismos genéricos como en la lucha entre pretendientes y dominantes, toman formas diferentes. Pero sabemos que en cualquier campo encontraremos una lucha, cuyas formas específicas habrá que buscar cada vez, entre el recién llegado que trata de romper los cerrojos del derecho de entrada, y el dominante que trata de defender su monopolio y de excluir a la competencia." P. Bourdieu. "Algunas propiedades de los campos", ed. cit., p. 135.

ser concebido como totalidad continental en un momento o época determinada. La flexibilidad del concepto puede hacerlo más restringido, lo que nos permite concebir como totalidad ya no a un continente (p. e., Europa) sino a un país (p. e., España). Tenemos así el Horizonte integrador social histórico español, que de hecho es el que aquí considero. La totalidad se encuentra, por consiguiente, transida de relatividad, y ésta es producto del oleaje de la historia.

La historicidad del Horizonte integrador radica en una doble dimensión: es producto de un contexto (momento) específico y a la vez refleja el pasado (devenir histórico) de ese contexto. Es esta dualidad la que particulariza y distingue a un Horizonte integrador de otro. El contexto es ámbito de interacción de los diversos campos de prácticas sociales. Las prácticas y sus respectivos campos de despliegue son resultado de un largo y complejo desenvolvimiento histórico. Hay que subrayar aquí la distinción que hago entre *habitus* y práctica social: el primero es la actividad concreta que llevan a cabo los integrantes de un campo, principalmente en la fase de autonomía, mientras que la segunda es considerada como el volumen global y, por consiguiente, abstracto de las actividades concretas o *habitus* que se dan en la integridad del campo; esto es lo que debe entenderse cuando se habla del campo de práctica bibliotecológica. Práctica que además se desdobra en la dinámica del campo en parcial y global. Cuando un campo como el bibliotecológico llega a su completa autonomía es que se ha dado la conjunción de una serie de factores que se presentan a través del tiempo y que alcanzan su plenitud en un momento determinado. Mas toda esa historia sigue haciéndose presente una y otra vez en cada una de las etapas de formación del campo, así como en su fase de autonomía. El pasado acompaña el presente de cada práctica y su correspondiente campo, es, en última instancia, desde ahí de donde mana la historicidad del Horizonte integrador. Estudiar, pues, un Horizonte integrador entraña por necesidad remontarse a su especificidad y a la historia que lo recorre.

Por otra parte, en la sucinta exposición que se hizo de la teoría de Pierre Bourdieu se mostraba la estructura de los campos cuando están claramente estatuidos y son autónomos. Ello se debe a que en sus obras Pierre Bourdieu centra su atención en la etapa de autonomía de los campos que estudia. Le interesa principalmente la evolución de la etapa de autonomía, lo cual tiene la virtud de evidenciar con precisión las leyes generales que rigen a los campos, y la que asimismo da pauta para comprender sus especificidades. Mas esto deja fuera de foco la fase previa: la de *constitución* de los campos, fase que es condición de posibilidad de la autonomía. Tal fase se caracteriza por la conformación de lo que defino como la *infraestructura del campo*, que es el resultado del acercamiento de varias *prácticas parciales* que, al conjugarse, generan la *práctica global* del campo. Globalidad que queda perfectamente estatuida cuando el campo alcanza su autonomía. Las prácticas parciales que integran la infraestructura no necesariamente tienen el mismo grado de desarrollo (*autodefinición*), alguna puede haber alcanzado un mayor grado de depuración que las otras, lo cual no debe interpretarse como desequilibrio o rezago por parte de estas últimas. Lo importante es

la conjunción que se da entre ellas a partir de sus respectivas funciones. Veamos esto con más detalle.

La expansión del conocimiento y con él de multitud de disciplinas regionalizadas condujo a la proliferación de pequeños orbes, los que como efecto del intrincado movimiento de la modernidad acaban constituyéndose como campos de prácticas específicas sociales que paulatinamente se encaminan a la autonomía y dan lugar a la totalidad como Horizonte integrador (de los campos de prácticas) social histórico. Pero como la misma naturaleza de la modernidad produce a un indetenible movimiento de especialización, van gestándose nuevos campos de prácticas sociales, al mismo tiempo que se da el desprendimiento de prácticas que antes participaban de la dinámica de otros campos. Esto último encuentra su causa en dos movimientos: primero sucede que el campo al que previamente pertenecían tales prácticas se ha reconfigurado; esto es, que ha seguido una nueva orientación, muy probablemente hacia una mayor especialización que ya no les da cabida. Segundo: han surgido nuevas necesidades sociales a partir de la aceleración del cambio histórico, lo cual hace que se desgajen prácticas de diversos campos que buscan por su cuenta satisfacer la demanda de esas necesidades. Como es de suponer ambos movimientos pueden ser complementarios.

Las prácticas desprendidas de otros campos tienden a conjuntarse en la medida que depuran y definen su función. De hecho las semejanzas y contactos que se dan entre sus funciones constituyen la "fuerza magnética" que tiende a conjuntarlas, para conformar la infraestructura de un campo en vías de constitución. Campo que se encuentra en el umbral de su autonomía cuando su dinámica da lugar a la elaboración del discurso, en el que queda codificado el conocimiento propio del campo a nivel tanto pragmático como teórico. De hecho las prácticas de los campos son *prácticas discursivas* articuladas por principios racionales. Y es la racionalidad implícita en las prácticas la que, conforme el campo va constituyéndose y acumulando conocimientos e historicidad, crea el discurso, que finalmente da razón de la misma práctica y, por ende, del campo. Empero, el discurso generado por el campo deja gradualmente la senda de lo aleatorio para transitar por la avenida de la normalización axiomática, como explica Luis Villoro:

Con todo, el resultado de esa actividad se fija en un *discurso*, esto es, en un conjunto de enunciados enlazados entre sí en un orden o en un sistema. La reflexión queda apresada, detenida en proposiciones concluyentes: se expresa en un conjunto de tesis, que pueden proponerse a la aceptación o al rechazo del otro. El discurso [...] fijado en cláusulas, definiciones, premisas, conclusiones, se independiza de la actividad racional que lo produjo; objetivado, se da por un producto acabado de la razón. Ya no sirve sólo para comunicar el camino de la razón en un proceso inquisitivo, sino para expresar un conjunto de creencias que pueden o no compartirse.¹²

12 L.Villoro. *El concepto de ideología y otros ensayos*, México, FCE, 1985, pp. 145-146.

Cuando acontece esto que indica Villoro es porque sobre el discurso se ciernen los mecanismos y estrategias que buscan controlarlo. Tales mediatizaciones acaban por conferirle el *status* de disciplina cognoscitiva, como lo pone en evidencia Michel Foucault: “La disciplina es un principio de control de la producción del discurso. Ella le fija sus límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización permanente de las reglas.”¹³ La instauración de la disciplina consolida y legitima cognoscitivamente al campo. Asimismo, en el discurso idiosincrático (esto es, el se que produce por la dinámica propia del campo, y no el que es producto de importación y que se extrapola al contexto nacional) se agita la ideología que cohesiona al campo. Conforme el campo va constituyéndose inicia su interacción con los demás campos, responde a la dinámica que éstos producen sobre él y él, a su vez, repercute en los otros, como nos lo explican los principios dialógico, de recursión organizacional y hologramático. El campo autonomizado se transfigura en disciplina y por derecho propio se hace de un lugar en el Horizonte integrador social histórico; a la par que responde a la influencia del Horizonte integrador sobre él. Dentro de esta lógica de los campos no puede hablarse, por tanto, de rezago de un campo respecto a los demás cuando pertenecen a un Horizonte integrador común perfectamente acotado.

III

El campo bibliotecológico —en su etapa científica— es una configuración reciente, data de mediados del siglo XIX, cuyo momento decisivo de constitución fue la aparición de las bibliotecas públicas en los países anglosajones.¹⁴

En esta evolución parece que hay unanimidad en admitir que el momento decisivo es la aparición de la biblioteca pública en el mundo anglosajón, lo que acontece a mediados del siglo XIX”. Luisa Orera Orera, (edit.), *Manual de Biblioteconomía*, Madrid, Síntesis, 1997, p. 24. Este movimiento se dio más tardíamente en España (incluyendo Hispanoamérica); de hecho es hasta fin de esa centuria cuando se da de manera firme la constitución del campo bibliotecológico, es decir, el momento en que comienza la depuración e interrelación de los elementos que componen la infraestructura bibliotecológica española. El ascenso de la II República marca el inicio de la autonomía del campo bibliotecológico. Con una delimitación no exenta de simbolismo histórico puede ubicarse el periodo de la constitución del campo bibliotecológico hispano entre 1898 y 1931, y el de su autonomía de 1931 a 1936. La importancia del año de 1898 radica en la pérdida de las últimas colonias de España Cuba, Puerto Rico y Filipinas— frente a los Estados Unidos, con lo que quedaba totalmente

13 M. Foucault. *El orden del discurso*, México, Tusquets, 1983, p. 31.

14 “La evolución de la Biblioteconomía científica, que hará su aparición en el siglo XX. Se corresponde con unas bibliotecas—centros de información / educación / recreo sociocultural, y con unos bibliotecarios / agentes difusores de la información. La biblioteconomía en esta fase es la ciencia de la selección organizada y de la difusión de fondos librarios y audiovisuales.

cerrado su ciclo imperial. La efeméride fue inmortalizada por los españoles con el tremendista calificativo de “El Desastre”. Por su lado, 1936 es el año de la derrota de la II República ante las fuerzas fascistas de Francisco Franco. Periodo, pues, de aceleración de la historia de España y que afectó a todas sus estructuras sociales y que, por consiguiente, repercutió en todos los campos de prácticas. En lo fundamental el periodo en el que me centraré para ilustrar la propuesta teórico histórica antes expuesta es el de la constitución del campo bibliotecológico hispano 1898-1931; sobre la fase del inicio de autonomía sólo se harán algunas referencias. También cabe decir que al indicar como centro de atención ese periodo no significa que excluyamos referencias a etapas anteriores. Las dos prácticas de la infraestructura elegidas para hacer su seguimiento son la organización bibliotecaria y la sociedad lectora. Seguir el desenvolvimiento autodefinitorio de ambas prácticas nos da la pauta para comprender cómo el campo bibliotecológico fue constituyéndose hasta desembocar en la autonomía, la cual fue truncada por la guerra civil. Asimismo se mostrará el importante papel que ha jugado la ideología en este proceso.

En el siglo XIX España fue arrastrada por las inercias del particularismo, que dieron cauce a interminables conflictos e inestabilidad, y ahondaron las contradicciones que surcaban los diversos campos de prácticas sociales. Lo cual como era de esperar marcó la orientación del Horizonte integrador. Para la segunda mitad de la centuria esas contradicciones preludiaban los cambios del siguiente siglo:

Desde 1874 hasta la etapa 1890-1898, el sistema social español se configura como un conjunto regresivamente estratificado, dotado de escasa o nula promoción social interna según los estratos, proclive en consecuencia a conflictos clasistas en los cuales la ambigüedad del tipo de dominación coexistencia de supervivencias estamentales con relaciones pseudo o semi-modernas de racionalización industrial– desvirtúa la naturaleza de los mismos y oscurece su sentido llevándolos a un catastrofismo paralizador y extremista cuando se hacen patentes. Son conflictos en definitiva de las fases previas inmediatas al primer estadio del tránsito de la sociedad estamental a la sociedad de clases. Estadio durante el cual las tensiones sociales encuentran un aparente nivel de estancamiento que en realidad preludia la fase posterior, ésta ya preparada para desarrollar un incipiente cambio cualitativo.¹⁵

En medio del conflictivo particularismo entre regiones, clases sociales, grupos, partidos políticos e individuos, va dándose el ascenso y consolidación de la burguesía (que dentro de la organización hispana decimonónica se constituye como clase media) hacia la toma del poder, el que conquista en 1868 su facción republicana federal con la llamada “Gloriosa revolución”, e instaura la I República. De esta manera la burguesía marca con su impronta de clase a la sociedad española, lo cual asimismo queda de manifiesto en la integridad de los campos de prácticas. La burguesía se convierte en el *grupo aspirante* a ingresar en los campos para hacerse de su dominio.

15 Miguel Martínez Cuadrado. *La burguesía conservadora (1874-1931)*. Historia de España Alfaguara VI, Madrid, Alianza Universidad, pp. 343-344.

Como clase social en ascenso, es la que se plantea de forma más acuciante el problema que fractura a su propia circunstancia: la decadencia española, para encontrarle una solución que conviniera a sus características de clase social. Para ello le fue necesario articular una ideología que la legitimara: una ideología que le permitiera reorientar el Horizonte integrador social histórico, pendulando del particularismo hacia la incorporación y el consenso social (primacía de la voluntad general sobre la voluntad privada), plataforma para salir de la decadencia. Esa ideología fue el *krausismo*, un oscuro sistema filosófico alemán creado por Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), que tuvo una sigilosa difusión en el país de su creador. Más tenue fue aún su influencia en otros países europeos, pero en España alcanzó un notable arraigo y se convirtió en un removedor de estructuras esclerosadas y, por ende, de los campos de prácticas sociales. El introductor del krausismo en España fue Julián Sanz del Río (1817-1869).

Cuando una filosofía originada en un país desarrollado es importada a un país menos desarrollado se hace bajo ciertas condiciones, entre las que no necesariamente se encuentran los esplendores que la avalan como una filosofía rigurosa y verdadera. Es conjeturable que para su elección cuente más su origen metropolitano que su grandeza intrínseca; lo importante es que la filosofía elegida responda mejor a la especificidad del contexto al que es incorporada, con lo que pasa a cumplir (aparte de funciones epistemológicas, éticas, etcétera) el papel de instrumento ideológico. Ahora bien, no se entienda la ideología sólo de manera negativa: como *falsa conciencia*, también tiene una dimensión afirmativa: es cohesionadora del Horizonte integrador social histórico, aunque, obviamente a partir de los intereses de una clase social particular. La clase social importada por el krausismo a España es la burguesía liberal, por mediación de su abanderado intelectual, Julián Sanz del Río.

A lo largo del magisterio de Sanz del Río se dio la lucha del krausismo por imponerse a las demás manifestaciones ideológicas que imperaban en el momento. Cuando su introductor en la península fallece en 1869, el krausismo ya ha logrado consolidarse. No es gratuito que ello coincida con el establecimiento de la I República (1868). Esta primera fase de la doctrina se clausura con el advenimiento de la *Restauración*; la segunda fase alcanzó a prolongarse hasta los albores de la II República:

Sería conveniente distinguir dos etapas en la historia y desarrollo del krausismo español: la que se extiende desde 1854 (Revolución de julio) hasta 1874 (Restauración), a la que podríamos denominar *primera generación krausista*, y la que tiende su arco entre 1874 y 1931, la llamada *generación "institucionalista"*, dirigida por Giner primero, luego por M. B. Cossío.¹⁶

A partir de los campos cultural y educativo, los krausistas proyectan su programa ideológico renovador a los demás campos de prácticas sociales. Recordemos los principios postulados por Edgar Morin: dialógico, de recursión organizacional y hologramático, que evidencian cómo las prácticas de un campo repercuten en las prácticas de

16 K. Ch. F. Krause. *Ideal de la humanidad para la vida*, Barcelona, Planeta—De Agostini, 1996, Introducción Alegre y Gorri, Antonio, p. 24.

otros campos. Así, la práctica cultural y educativa de los krausistas repercutió en diversos campos. Renovar esos dos mencionados campos para que mayores capas de la población tuvieran acceso a ellos fue la gran meta krausista (burguesa liberal). La renovación cultural comenzó a dar sus mejores frutos con la famosa generación del 98, integrada por un grupo de intelectuales determinantes formados en el clima krausista. Esta transformación alcanzó su esplendor con la generación del 31; en torno a tal generación se gesta el periodo considerado como una *Edad de Plata* de la cultura española, vista al trasluz del Siglo de Oro.

En cuanto a la promoción educativa, el krausismo realiza su mejor logro con la creación de la Institución Libre de Enseñanza (1876), fundada por Francisco Giner de Los Ríos, discípulo dilecto de Julián Sanz del Río, como una alternativa al restablecimiento de las normas tradicionales de la enseñanza del dogma católico que lleva a cabo la Restauración. De la Institución Libre de Enseñanza salieron los cuadros intelectuales que reconfiguraron diversos campos de prácticas o contribuyeron a la constitución de otros, además de ser impulsores y dirigentes de la II República. De esta forma el krausismo marcó con su impronta ideológica los diversos campos de prácticas. Los cambios producidos en los campos cultural y educativo provocaron que se desprendieran de ellos (y de otros campos) varias prácticas, las que conforme depuraban sus funciones fueron conjuntándose y dando lugar a la infraestructura sobre la que se erigió el campo bibliotecológico, para luego encaminarse hacia la autonomía, la cual quedó plasmada con el discurso en el ámbito práctico de María Moliner en su *Plan de organización general de bibliotecas*, y a nivel abstracto con José Ortega y Gasset en su *Misión del bibliotecario*. Pero sigamos ahora el proceso de autodefinition de las dos prácticas (fase de constitución del campo) que señale líneas atrás: la organización bibliotecaria y la sociedad lectora.

La *organización bibliotecaria* no es entendida aquí exclusivamente como organización interna de las bibliotecas sino de manera principal, como la articulación de las políticas que condujeron a la creación de la red bibliotecaria que cubría al territorio nacional y cuyo fin era acercar las bibliotecas a la colectividad. Políticas que fueron gestándose al compás de los movimientos, cambios y necesidades sociales. La organización bibliotecaria en España fue resultado de una tardía toma de conciencia, hacia el inicio del reinado de Isabel II en la segunda mitad del siglo XIX,¹⁷ sobre la necesidad

17 Esto no quiere decir que anteriormente no hubiera existido la preocupación por crear una organización bibliotecaria. De hecho es en el siglo XVIII cuando con el espíritu de la Ilustración se da un mayor interés por la organización bibliotecaria y se busca dotarla de fondos bibliográficos propios para el público al que estaban destinados. Las Sociedades Económicas de Amigos del País fueron las que buscaron llevar a cabo este proyecto que, sin embargo, tuvo un influjo limitado. El proyecto fue retomado por los ilustrados de las Cortes de Cádiz (1810), quienes para subsanar la destrucción y el saqueo bibliográfico ocasionado por la guerra de independencia contra Francia, crearon una Comisión de Bibliotecas, cuya labor consistía en localizar y recoger los fondos dispersos de las bibliotecas destruidas. Con ese fondo crearon la Biblioteca de Cortes, que fue organizada por el bibliotecario Bartolomé José Gallardo. A medida que crecía la importancia de esta Biblioteca, Gallardo la usó como punta de lanza para la organización de bibliotecas públicas, pese a que entre sus

de proteger el patrimonio bibliográfico de la nación. A este fin obedecía el decreto de 1858 expedido por el marqués de Corbera para instalar la retícula bibliotecaria hispana:

La organización bibliotecaria española surgió, pues, para conservar el patrimonio documental y bibliográfico de la nación, que contenía, según el decreto mencionado, las pruebas de los derechos de los particulares y del Estado, la experiencia de muchos y los tesoros de la humana sabiduría.¹⁸

El acontecimiento eclosionador de esa toma de conciencia fue la expedición de las leyes de Desamortización de Mendizabal, que decretaban la nacionalización de los bienes de los monasterios. El Gobierno tomó así posesión de libros, documentos y objetos artísticos, y despertó con ello el interés de la clase política por los archivos y bibliotecas.¹⁹ Era menester almacenar los bienes expropiados en una organización bibliotecaria que los protegiera, incluso contra los usuarios populares. Tal organización estaba sustentada en un proyecto conservador y de conservación, no de difusión, actitud que marcó con su impronta la *organización interna* de las bibliotecas; más destinadas entonces para los eruditos e investigadores, quienes tenían los conocimientos apropiados para abordar el acervo bibliográfico y documental expropiado a los monasterios. De ahí la ambigüedad y limitaciones que caracterizan a esa organización bibliotecaria.

En 1869, al año de haber llegado la burguesía liberal al poder gracias a la “Gloriosa revolución”, empezaron a ser promovidas las bibliotecas populares por una minoría intelectual liberal mediante una intensa actividad durante el breve periodo de 1869 a 1874. El impulso fue frenado con el advenimiento de la Restauración, la cual no estuvo dispuesta a brindarle apoyo a ese proyecto. Cabe señalar que esa organización bibliotecaria sólo fue usufructuada por la clase media intelectual, de fuerte influencia krausista, la cual fue gradualmente ampliando su radio de acción, sobre todo después de la creación de la Institución Libre de Enseñanza, de cuyas filas surgieron los grupos intelectuales que le darán una mayor definición a la organización bibliotecaria, la que para fines de la centuria define mayormente su función y se convierte en parte de la infraestructura del campo bibliotecológico en vías de constitución. Ese

objetivos no estaba el préstamo sino la bibliofilia y la erudición. Este proyecto es clausurado cuando el reaccionario Fernando VII traslada las Cortes a Madrid, para después disolverlas. Cf. Amparo García Cuadrado. “Aproximación a la organización bibliotecaria española en el siglo XVIII”, *Investigación Bibliotecológica*, Revista Semestral; julio—diciembre 1997, volumen 11, número 23 México, CUIB—UNAM, pp. 102-136.

18 Hipólito Escolar Sobrino. *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Rui Pérez y Ediciones Pirámide, 1989, p. 49.

19 En lo inmediato esto se concretó con la promulgación en 1857 de la Ley de Instrucción Pública de Claudio Moyano, en la que se reconocía la obligación del Gobierno de crear en cada provincia al menos una biblioteca pública.

momento queda señalado con la llegada, en 1897, del famoso polígrafo Marcelino Menéndez Pelayo a la Dirección de la Biblioteca Nacional.

Durante la administración de Menéndez Pelayo logra consolidarse la organización bibliotecaria española, lo que significa que paralelamente se define dentro de ella la posesión del poder a partir de la pugna por el capital simbólico y los conocimientos acumulados en su desenvolvimiento. El vórtice de esa pugna es la figura de Marcelino Menéndez Pelayo. Veamos este caso como ejemplo de las luchas por el poder que se dan en las prácticas de la infraestructura del campo bibliotecológico.

Recordemos que, como expusimos con anterioridad, para Pierre Bourdieu un *habitus* se define en torno a la posesión del capital que circula en cada campo, lo que conlleva una competencia entre los distintos participantes en los campos. Quien se hace del capital tiene el poder y asimismo el monopolio de la violencia legítima, lo que le permite orientar el campo, así como conservar y defender de la ortodoxia. Ahora bien, desde el momento en que una práctica (parcial) se desprende y depura a partir de otro campo, lleva un capital (parcial) que de la misma manera se separa y decanta del campo anterior. Alrededor de ese capital parcial se despliegan los movimientos de los participantes por poseerlo. El capital se incrementa al conjuntarse con los otros capitales de las demás prácticas parciales de la infraestructura del campo en vías de constitución, y da lugar al capital global que circulará en el campo una vez autonomizado y que será disputado por los participantes en él. La administración de Marcelino Menéndez Pelayo nos muestra con claridad esa lucha (parcial) en la práctica de la organización bibliotecaria.

Desde el momento en que comienzan a darse en el siglo XIX los intentos por darle forma a la organización bibliotecaria en España, se dispara la dinámica de sus actores por hacerse del capital (que también empieza a generarse en ese instante) y, por consiguiente, hacerse del poder. Los grupos de tendencia monárquica y clerical se posesionan desde el principio de la organización bibliotecaria y la orientan según su propia tendencia ideológica; su dominio se prolonga hasta los años previos al ascenso de la II República. Pero el mejor momento de detentación del poder en esta práctica parcial, se da con la llegada de Menéndez Pelayo a la Dirección de la Biblioteca Nacional, quien además se anexaba la Dirección del Cuerpo Facultativo. Era el más destacado intelectual de cuño conservador.

Las características del capital de conocimiento que poseían, y en las que sustentaban su dominio él y su grupo, eran de formación erudita y humanística, que para el inicio de este siglo ya resultaban conservadoras. La mayoría de los integrantes de ese grupo era egresada de la Escuela de Diplomática donde recibieron una formación eminentemente histórica y literaria: educación por demás erudita y elitista. Semejante grupo era el coro de fondo que hacía resaltar la primera voz, la de Marcelino

Menéndez Pelayo.²¹ Su pensamiento anclado en el historicismo imperaba en el pensamiento bibliotecario peninsular.

El conservadurismo de este grupo y de su jefe de filas, quedó cabalmente enmarcado en las tres disposiciones que se dictaron bajo su responsabilidad en aras de conservarse y conservar la organización bibliotecaria (ello en consonancia obviamente con los supuestos de su propio capital de conocimientos) ya establecida: 1ª *Supresión* (1900) de la vieja *Escuela de Diplomática*, que se incorporaba a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid para formar una tercera sección, la de Historia. Se consideraba que tal escuela había cumplido su ciclo, pero lo cierto es que de ella no salieron notables bibliotecarios, ni profesionales preocupados por difundir los libros entre la comunidad. 2ª *Instauración del Reglamento de bibliotecas públicas* (1901), estimado como el mejor tratado de bibliotecología hasta ese momento en España. De hecho prefigura el discurso que concatenará el campo bibliotecológico cuando inicie su autonomía, además de que enriquece notablemente el capital de conocimiento del campo. El Reglamento, sin embargo, adolecía de los criterios arcaicos propios del pensamiento de Menéndez Pelayo, quien desde el púlpito elitista (diferenciación y distinción) sermoneaba cómo y a quiénes debían facilitárseles los libros.²² 3ª Se implantan las *Instrucciones para la redacción de catálogos*, de las cuales se sentía justificadamente orgulloso Menéndez Pelayo. En suma estas tres disposiciones quedaban enmarcadas dentro del espíritu conservador decimonónico.

Así, el ilustre polígrafo y su grupo, en consonancia con su formación y actitud de anticuarios no supieron o no quisieron ver las aceleradas transformaciones que la nueva centuria traía consigo para España. Y se enfrentaron desde la trinchera monárquica, clerical, historicista y decimonónica, a la indetenible marcha de la modernidad que encarnaba el cambio, el cual era comandado por el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza. Contra ellos luchó sin concesiones Menéndez Pelayo, pues para él eran socavadores de la influencia que tenía la Iglesia en la educación de los españoles. Con el doblar del siglo una nueva generación se deja escuchar y es la que lleva adelante la campaña para destituir a Menéndez Pelayo de la dirección de la

21 "No fue suya [de Menéndez Pelayo] toda la culpa por esta tendencia elitista. Una parte considerable cabía a los bibliotecarios que formaban su coro, que habían deseado y visto con alegría su llegada a la dirección de la Biblioteca Nacional. Eran los más ilustres, procedentes de la Escuela Diplomática, donde habían recibido una formación erudita y donde se les había inculcado amor por los estudios históricos y literarios. Su peso intelectual no era despreciable: en 1910 había 14 catedráticos de universidad que previamente habían sido miembros del Cuerpo Facultativo y los miembros en activo ocupaban 14 sillones titulares y 41 correspondencias en las Academias Española, de la Historia y de Bellas Artes". H. Escolar Sobrino. *Op. cit.*, p. 158.

22 Se consideraba falta grave la del bibliotecario que permitía que se pusiera en las fichas sueltas del catálogo la mano de persona ajena a la biblioteca. Se exigía, aparte de no llevar la cabeza cubierta en las salas abiertas al público, que se tuviera: "[...] una autorización especial a los que deseen novelas, piezas de teatro y demás obras de pasatiempo, así como debían justificar sus propósitos de estudio los que por más de un día quisieran usar colecciones de periódicos en que hubiera novelas. Sólo por motivos singularísimos, claro está, se facilitarían al público libros obscenos. Tampoco se proporcionarían los libros en rústica o no encuadernados". *Ibid.*, p. 141.

Biblioteca Nacional. Eran precisamente los liberales y anticlericales que iban dejando sentir su paso en todos los ámbitos de la vida nacional. Para 1910 habían triunfado los liberales y republicanos en las elecciones para las Cortes, y eso les daba la fuerza para atacar la organización bibliotecaria representada en la figura de Marcelino Menéndez Pelayo:

Quizá, también, la campaña reflejaba unas necesidades sociales que, por nuevas, eran despreciadas por Menéndez Pelayo. Es más, él con su influencia sobre los bibliotecarios les había impulsado a desentenderse de ellas por considerarlas de poco interés cultural. En realidad la campaña fue un síntoma del enfrentamiento de dos tendencias en el pensamiento bibliotecario español, la historicista o menedezpelayista, orientada al estudio del pasado, y la modernista y popular, que consideraba mucho más importante el conocimiento de la producción intelectual y artística nueva y viva, que reflejaba el gran desarrollo científico de los siglos XIX y XX, y satisfacer las necesidades de los lectores surgidos entre las clases populares, que reivindicaban sus derechos políticos, económicos y culturales, a veces, con extraordinaria violencia.²³

El proceso de autodefinición de la organización bibliotecaria realizado durante la gestión de Menéndez Pelayo se acelera a partir de la lucha entre los detentadores del poder y los aspirantes de cuño liberal a él. Incluso esa lucha es su condición de posibilidad para desarrollarse. Los aspirantes ponen en circulación un nuevo capital de conocimiento más acorde con una concepción científica y técnica,²⁴ que responde al nuevo tipo de necesidades sociales creadas por el avance de la burguesía, y con ella el de las clases populares. Ahora la organización bibliotecaria debía responder no a intereses elitistas, eruditos y conservadores, sino a la alfabetización y el acercamiento de los libros a las clases populares. De esta manera el proyecto krausista de modernización de España que estaba implícito en los grupos liberales que atacaron a Menéndez Pelayo, logra un triunfo y da un paso adelante para hacerse del poder de la organización bibliotecaria con la renuncia de éste en 1910.²⁵ Los usos conservadores instaurados por él en la Biblioteca Nacional concluyen en 1930 con la llegada a la dirección de Miguel Artigas Ferrando, claro representante de la nueva orientación liberal republicana, quien de inmediato permite el acceso de toda la población a la

23 *Ibid.*, p. 153.

24 Siguiendo la inspiración de Ortega y Gasset, para esta nueva generación la *salvación* (modernización) de España no se encontraba en el estudio de su historia, sino en asumir el pensamiento contemporáneo. Lo que venía a significar: cultivo de las ciencias puras, prácticas y especulativas.

25 La campaña en su contra se desató en la prensa madrileña en agosto de 1910. En ella se buscaba mostrar que su gestión al frente de la Biblioteca Nacional era un completo fracaso. Ésta era la argumentación periodística: “La biblioteca es: utilizable solamente para su director y las personas a quien éste encargue que trabajen para él. Pudiendo monopolizar de esta manera una biblioteca, nada más fácil que ser un monstruo de erudición. Pero a este precio, un Menéndez Pelayo resulta muy caro porque impide la formación de otros muchísimos Menéndez-Pelayos que, sin duda, hubieran surgido si los medios de estudio no hubieran sido absorbidos por uno sólo”. Citado por Hipólito Escolar de un artículo de H. Villar aparecido en la revista *Nuestro Tiempo 1910, El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*, ed. cit., p. 143.

biblioteca. Con Artigas Ferrando los liberales al fin se hacen del poder en la organización bibliotecaria, en el momento en que ésta se conjuga con otras prácticas de la infraestructura; se inicia la autonomía del campo bibliotecológico.

Un año después de la renuncia de Marcelino Menéndez Pelayo, se crean las primeras bibliotecas populares en Madrid y Barcelona por Real Decreto (10 de noviembre de 1911). Pero por falta de recursos éstas no se amplían. En 1912 (Real Decreto 22 de noviembre), se aconseja la creación de las secciones populares en las bibliotecas universitarias y provinciales. En esta trayectoria de autodefinición de la organización bibliotecaria merece especial mención la red de bibliotecas populares creada en 1915 en Cataluña, bajo el impulso del filósofo Eugenio D'Ors. Se trataba de bibliotecas autónomas que llenaban la función intermedia entre las grandes bibliotecas especializadas y los lectores de pequeñas localidades. Esas bibliotecas populares eran manejadas por los egresados de la Escuela de Bibliotecarios de Barcelona y los lectores tenían libre acceso a toda clase de fondos y En Madrid, también en el año de 1915, fructificaron las ideas del historiador Rafael Altamira (hombre de la Institución Libre de Enseñanza) con relación a la creación de bibliotecas populares, las que fueron confiadas al Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios.²⁶ A partir de la década de 1920, la autodefinición de la organización bibliotecaria es indetenible, lo que produce una mayor conjunción con las otras prácticas de la infraestructura y las lleva a desembocar en la autonomía del campo bibliotecario durante la II República. Sigamos ahora el proceso de autodefinición de otra de las prácticas de la infraestructura.

La *sociedad lectora* española respondió en su desenvolvimiento a las circunstancias específicas que el contexto ofrecía. Pero para comprender esto debemos definir primero qué es lo que aquí hay que entender por sociedad lectora, la cual no necesariamente implica que cada uno de sus integrantes sepa leer. Incluso puede ser mínimo el número de individuos que son considerados de manera plena como lectores, sin que esto contradiga el fundamento de la sociedad lectora que representa al libro (y por extensión los demás tipos de impresos), el cual, como expresa Roger Chartier:

[...] está instalado en el corazón mismo de la cultura de los analfabetos, presente en los rituales, los espacios públicos, los lugares de trabajo. Gracias a la palabra que lo descifra, gracias a la imagen que lo repite, se vuelve accesible incluso para aquellos incapaces de leer o que sólo pueden tener por sí mismos una comprensión rudimentaria.²⁷

El impreso, al filtrarse en los espacios privados, acaba por invadir los espacios de la subjetividad. Así, la sociedad lectora se concatena y encadena desde la interioridad de sus miembros quienes responden a la fuerza unificadora que irradia el impreso. El *orden de los libros* inicia su génesis, en la modernidad occidental, en el momento en

26 Con anterioridad Rafael Altamira había tenido la iniciativa, desde la Dirección General de Enseñanza Primaria, de crear una biblioteca popular circulante destinada a las escuelas públicas. Se proponía estimular la afición a la lectura y difundir elementos de cultura general.

27 R. Chartier. *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 117.

que el libro deja de ser una mera extensión de la transmisión oral, para convertirse con el paso del tiempo (dependiendo de cada contexto) en unidad centralizadora que pasa a regir la sociedad lectora que va conformándose al compás de la centralidad del impreso.²⁸ En España la sociedad lectora en su sentido cabalmente moderno, fue constituyéndose en cuanto tal a lo largo de la centuria pasada; pero la fase de clara autodefinición se dio hacia el ocaso de tal sociedad, cuando el orden de los libros queda firmemente cimentado. Lo cual es asimismo consecuencia de que la organización bibliotecaria comienza su autodefinición para permitir el acceso a las bibliotecas y, por ende, a los libros a más amplios sectores de la población, lo que muestra la conjunción que va dándose entre estas dos prácticas de la infraestructura del campo bibliotecológico a partir de sus funciones.

Como queda patente en lo anteriormente expuesto, el ascenso de la burguesía hacia mediados de la centuria pasada trastocó el anacrónico orden institucional imperante en España. La clase media liberal, compuesta principalmente por comerciantes y funcionarios, contenía también un sector más ilustrado, compuesto por profesionistas e intelectuales (escritores y periodistas), quienes como avanzada de su clase social marcaban las pautas culturales y educativas a seguir, entre las cuales ocupaba un lugar estratégico la lectura. Mediante la lectura, la burguesía evidenciaba esa dinámica que gradualmente la conducía al poder. Era una clase social inquieta, deseosa de estar al día, y el instrumento inmediato creado por ella para satisfacer tal necesidad fueron las publicaciones periódicas (revistas y diarios): “Es la nueva clase media, la burguesía recién liberada y quizá por ello liberalizante a su vez, inquisitiva y apetente de novedad, petulante e iconoclasta, la que determina la fundación de esos admirables instrumentos de divulgación cultural.”²⁹

Las publicaciones periódicas contribuyeron a la consolidación del orden de los libros, y esto repercutió en una mejor integración de la sociedad lectora. El libro adquiere entonces una mayor influencia al ser estimado como instrumento privilegiado por la burguesía, dado que en él exponía su pensamiento y aspiraciones (de conocimiento, ascenso y poder). Esta clase social promueve la difusión del impreso, el que por lo que concierne a ella, acaba instalándose en su propia subjetividad y se convierte en un medio de identidad. El impulso dado a la lectura por la clase media provocó en que los sectores populares a su vez aspiraran a formar parte de la sociedad lectora.³⁰ La conformación de la sociedad lectora es asimismo eco del proceso

28 Cf. Mi estudio: “Los usos de la lectura y la representación cultural: elementos para una teoría de la lectura” en el volumen colectivo *La información en el inicio de la era electrónica. Información, sociedad y tecnología*, México, CUIB-UNAM, 1988.

29 Juan López Morillas. *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, México, FCE, 1956, p. 188.

30 “Además, las masas populares, que se iban encuadrando lenta pero progresivamente en los partidos políticos, aspiraban a integrarse en el mundo del pensamiento actual, y la burguesía, a la que pertenecían escritores y periodistas, era consciente de su papel en la nueva sociedad y de su dominio de la palabra escrita, y deseaba exponer su pensamiento y tener fácil acceso al libro para, al mismo tiempo, conocer los escritos de sus contemporáneos, en los que se analizaban los problemas que afectaban a sus miembros y se describía su manera de ser y sus costumbres”. Hipólito Escolar. *Op. cit.*, p. 157.

de desarrollo del país auspiciado por el empuje burgués, que en su inercia lleva a las clases populares a incorporarse a ese desarrollo. La incipiente industrialización, y con ella la progresiva urbanización de España, conllevan un incremento en el número de alfabetizados, el cual asciende constantemente a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX:

Entre 1860 y 1920, se produce, por tanto, un fuerte aumento del número de alfabetizados, que se multiplica por tres y en este aumento las mujeres suponen más del 55%, con todas las consecuencias que podemos imaginar para el progreso de la comunicación escrita e impresa y para el mercado potencial, incluso si, como es probable, un buen número de alfabetizados oficialmente son analfabetos funcionales.

La evolución del número de alfabetizados y de su reparto por el territorio español aparece que está muy ligado a fenómenos demográficos (el éxodo rural y la concentración urbana) o económicos (polos de atracción de Cataluña, del País Vasco y de Valencia) que afectan al centro de España salvo Madrid, en beneficio de la periferia, y al campo en beneficio de las ciudades.³¹

Pero cabe señalar que el aumento de alfabetizados no fue el resultado de un claro y sistemático proyecto nacional, sino que se debió a los buenos oficios de algunas instituciones y de particulares. Fue sólo hasta, la II República cuando se gestó un auténtico proyecto nacional para reducir el analfabetismo. Como quiera que fuera el acceso de un mayor porcentaje de la población a la cultura impresa en las décadas finales del siglo pasado y las primeras de esta centuria, permitió ir consolidando el orden de los libros, que así comenzó a articular y dirigir la sociedad lectora. La cual a su vez conforme se autodefinía, exigía satisfacer su demanda (acceso) de libros, a lo que debía responder la organización bibliotecaria. Esta respuesta conllevaba la formación del personal bibliotecario (la enseñanza bibliotecaria es otra de las prácticas de la infraestructura del campo bibliotecológico, pero aquí fue analizada) apropiado para cumplir con esa misión. Formación que, por otra parte, tenía que estar sintonizada con los cambios que también experimentaba la organización bibliotecaria en su propia autodefinición. Lo anterior ejemplifica cómo, al definirse la función de una práctica, tiende a conjugarse con la función de otras prácticas de la misma infraestructura. Por último, sólo cabe señalar que las diversas prácticas que conformaron la infraestructura del campo bibliotecológico español se encaminaron hacia la autonomía con el ascenso de la II República. Lo cual quedó signado con la gestación del discurso, representado por los ya mencionados textos de María Moliner y José Ortega y Gasset. La autonomía y el discurso del campo bibliotecológico explicados bajo la propuesta teórico-histórica que aquí desarrollé serán analizados en otro lugar.

31 Jean Francois Botrel. *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez y Ediciones Pirámide, 1993, pp. 319-320.